

ECK, Bernard

*La mort rouge: Homicide, guerre et souillure en Grèce ancienne*

París: Les Belles Lettres, 2012 (2.<sup>a</sup> impr. 2014), 447 p.

ISBN 2-251-32682-0

Este estudio de Bernard Eck retoma una de las cuestiones más debatidas por los especialistas en religión griega. La elección del título, inspirado en la expresión homérica πορφύρεος θάνατος (Il. 5.83; 16.334; 20.477), ya da a entender la temática general de la obra: el homicidio y la polución religiosa en la Grecia antigua. A lo largo de los diversos capítulos, se desarrollan extensamente distintas cuestiones relacionadas con esta problemática, como son la noción de φόβος y la mancilla religiosa que de esta se deriva, la condición del guerrero, la expiación y purificación del homicida, la legislación del homicidio, etc. Abordar esta temática tiene algo de atrevido, puesto que ya anteriormente había sido tratada en dos obras bien conocidas: por un lado, el estudio de carácter antropológico de Mary Douglas *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo* (Londres, Routledge, 2003 [1966]) y, por otro, el célebre libro de Robert C.T. Parker *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religion* (Oxford, Clarendon Press, 1983). Sin embargo, como trataremos de argumentar en esta reseña, Eck demuestra que todavía es posible aportar nuevos elementos de reflexión para la comprensión de este fenómeno.

El ensayo se inicia con una breve introducción (p. 11-14) en la que se reivindica la necesidad de realizar un estudio como este por dos motivos principales: la contaminación del homicida se documenta de manera desigual y casi caótica en las fuentes, y esta polución, contrariamente a la *communis opinio*, puede también rastrearse en el caso del combatiente en la guerra. Eck advierte, asimismo, de que la obra se adscribe a la denominada *histoire des mentalités* y, por tanto, la metodología no se limita al análisis crítico y filológico

de fuentes, sino que reúne nuevas aproximaciones al tema tratado desde la antropología, la psicología y la historia de las religiones. El primer capítulo (p. 15-48), también de carácter introductorio, presenta cuestiones generales, como el valor de las fuentes históricas y literarias, diversas visiones antropológicas del fenómeno, apuntes léxicos y un subcapítulo final dedicado a las Erinias, espíritus estrechamente ligados a la mancilla del homicida en el pensamiento griego.

La organización de los capítulos que siguen permite desarrollar el contenido de modo temático. Así, los capítulos del tres al cinco forman una unidad, puesto que analizan la consideración del homicidio y del homicida en un contexto bélico, especialmente a través de los testimonios de la épica arcaica. Concretamente, el segundo capítulo (p. 49-75) se ocupa extensamente de explicar el funcionamiento de la mancilla religiosa en la batalla a través de fuentes literarias e históricas de época arcaica y clásica. Particularmente destacable es, en nuestra opinión, la inclusión del testimonio de los diversos ciclos épicos, de gran interés para el tema, pero a menudo olvidado o dejado de lado. El título del tercer capítulo, «Du prétendu silence d'Homère» (p. 89-129), es toda una declaración de intenciones frente a aquellos que han defendido la existencia de un *silentium decorum* sobre esta cuestión en Homero (cf. L. Moulinier, «Le problème du silence d'Homère», en L. Moulinier, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs: D'Homère à Aristote*, Paris, Klincksieck, 1952, p. 58-61). Contrariamente, Eck señala que es posible observar, en algunos pasajes de la *Iliada* (Il. 1.314; 6.266-268; 21.218-222), la impureza originada por el homicidio y el temor a la contaminación. El cuarto capítulo

lo (p. 131-210) analiza la figura del guerrero homicida en la *Iliada*. El autor hace aquí muestra de un notable esfuerzo por conjugar el análisis filológico y la interpretación más antropológica de la guerra y del estado del combatiente, que le permite llegar a conclusiones completamente novedosas. Un ejemplo claro de ello es la cuestión del *berserker*, el guerrero insensible al miedo y al dolor que entra en trance durante la batalla, así como su presencia en diversos conflictos bélicos. Esta aproximación original, deudora en parte de la obra de G. Dumézil, da pie a nuevas interpretaciones de personajes como Áyax, Aquiles u Odiseo y de sus *ἄριστεῖαι*.

Los tres capítulos restantes (quinto, sexto y séptimo) analizan documentos de carácter jurídico y algunos discursos judiciales del tardoarcaísmo y de la época clásica. El autor tiene aquí intención de estudiar cómo las polis, especialmente Atenas, legislan diversas cuestiones relativas al homicidio y si estas hacen mención explícita a la polución del homicida.

El primero de ellos, titulado «Homicide, souillure et démons: Les limites de la croyance» (p. 211-281), examina la mancha homicida y la ira de los muertos que esta desencadena, en la legislación y en los discursos de algunos oradores atenienses. El autor plantea los principales problemas de interpretación y lectura de la conocida Ley de Dracón sobre el homicidio (*IG I<sup>3</sup> 104*: p. 216-225). También expone qué razones, históricas y jurídicas, pudieron inspirar la regulación del homicidio en Atenas. A continuación, pasa a examinar el motivo de la mancha religiosa en los discursos forenses. De especial interés es el análisis que el autor hace de la obra de Antífote, principalmente de *Las Tetralogías* (p. 231-254). Estos discursos, a pesar de su carácter ficticio, aportan datos particularmente interesantes, puesto que, en ellos, tanto acusación como defensa se culpan mutuamente de estar manchados por su crimen e, incluso, invocan la presencia de unos espíritus (*Antipho 3.1.4*: *δεινούς ἀλιτηρίους ἔξομεν τοὺς τῶν*

*ἀποθανόντων προστροπαίους* [«tendremos vueltos contra nosotros a los terribles demonios vengadores de las víctimas»], y 3.4.10: *τὸ μῖασμα τῶν ἀλιτηρίων τοῖς ἀποκτείνασιν* [«la mancha de los espíritus vengadores»]) que se levantarían, movidos por la sangre vertida de la víctima, no solo contra el supuesto homicida, sino también contra el acusador o los propios jueces, en caso de que dictasen una sentencia falsa. Seguidamente, el autor comenta, de manera sucinta, la presencia de los llamados *angry spirits* en dos documentos epigráficos: la *Lex sacra* de Cirene (*SEG IX 72*) y la *Lex sacra* de Selinunte (*SEG XLIII 630*) (p. 265-281). El libro sintetiza adecuadamente la ingente bibliografía suscitada por estas dos controvertidas inscripciones. No obstante, en nuestra opinión, es discutible la traducción de la segunda columna de la *Lex sacra* de Selinunte, en la que se sigue demasiado de cerca la traducción inglesa de los primeros editores. Asimismo, Eck rechaza categóricamente la edición e interpretación de la segunda columna propuesta por L. Dubois, cuya reconstrucción consideramos muy dudosa.

En el sexto capítulo, se pone el énfasis en el análisis de documentos jurídicos. En primer lugar, se describe a grandes rasgos el sistema jurídico y el derecho penal ateniense de los siglos V y IV a. C. (p. 283-299). Se trata de una síntesis muy útil de la literatura científica más relevante de los últimos 120 años sobre tribunales y consideraciones jurídicas relativas al homicida en Atenas. Tras esta introducción, Eck examina la creencia en la capacidad del homicida de contaminar aquello con que entraba en contacto, deducible del análisis de dos inscripciones arcaicas (*IG V 2.262*; *IG IV 1607*) y de varios textos jurídicos y literarios, en los que se menciona expresamente la prohibición que impedía al homicida acceder a las instituciones de la polis y su expulsión de la comunidad de origen. Como colofón a este capítulo, se estudia con minuciosidad la legislación relativa al homicidio en *Las leyes* de Platón

(p. 310-321), una obra que, a pesar de no ser un documento jurídico histórico, permite observar la consideración de la mancha del homicida como precepto religioso y su articulación en el marco legislativo de la ciudad ideal, donde se da plena validez a la creencia en la contaminación por homicidio.

El último capítulo analiza las implicaciones religiosas y jurídicas de un caso de homicidio singular: el del asesinato del tirano o del aspirante a ocupar su lugar en la polis (p. 323-391). Para su análisis, el autor se sirve sobre todo de documentos epigráficos públicos provenientes de distintos lugares de la geografía de Grecia (*IG I<sup>3</sup> 14*; *IG XII 2.526*; *SEG XII 87*; *SEG XXXI 985*; Ley de Ereso; Ley de Ilión, Ley de Eretria y un largo etcétera). En muchos casos, se trata de decretos resultado de conflictos en el seno de las polis, cuya promulgación intenta evitar cualquier tipo de sublevación o στάσις que pudiera llevar a la supresión de un régimen democrático. En estos documentos, según argumenta el autor, se proclama la inocencia del tiranicida, el cual, a pesar de cometer asesinato, no incurriría en ningún tipo de falta contra lo sacro y no sería, por tanto, portador de ninguna mancha. En tal caso, la polis actuaría manifiestamente como propagadora de una norma religiosa según la cual quedarían exentos de culpa aquellos que cometieran asesinato en aras de proteger la democracia, como si se tratara de un homicidio legítimo igual que el asesinato de un enemigo durante una guerra, o de un adúltero.

Las conclusiones finales sintetizan con claridad los argumentos esgrimidos a lo largo de la obra. En palabras del propio Eck, «la souillure, entre autres phénomènes grecs, est en étroite parenté avec les modes de pensée des peuples premiers» (p. 383). Y es que, tras el asesinato, la polución se convierte en el recuerdo de la víctima que, si bien ha dejado el mundo de los vivos, sigue existiendo en las manos ensangrentadas del homicida y en su conciencia. En Grecia, esta cuestión está presente en distintos ámbitos de la vida cotidiana, tanto privados como públicos, religiosos o profanos, y se vehicula de diversas maneras, a veces desde la ley, otras desde la religión e incluso desde la superstición. En nuestra opinión, Bernard Eck lleva a cabo un trabajo útil y bien sustentado que arroja nueva luz sobre estas distintas manifestaciones de lo impuro en el mundo griego e incluso intenta buscar paralelismos históricos en sucesos recientes. En efecto, en un anexo final, se investiga la culpabilidad criminal en algunos conflictos bélicos contemporáneos, como las dos guerras mundiales. A pesar de que no hay muchos puntos en común, este hermoso colofón reivindica una vez más la modernidad de los estudios y disciplinas de las ciencias de la antigüedad.

*Rubén José García Muriel*  
Universitat de Barcelona  
rgarcimu16@alumnes.ub.edu

